

# *María Zambrano: La muerte viviente*

## *María Zambrano: To be Alive in Death*

ANA BUNDGÅRD

*Aarhus University (Dinamarca)*

Recibido: 28.01.2020

Aceptado: 31.01.2020

### RESUMEN

María Zambrano no pensó en la muerte como cesación de la vida, sino como «verdadera vida». La entendió como instantes de pérdida radical que el sujeto padece ante una experiencia límite que ella caracteriza como situación de «naufragio». El artículo enfoca la relación dialéctica entre vida y muerte como polos complementarios en la metafísica de María Zambrano. No hay vida sin muerte, dice, ni hay muerte sin vida, pues el ser emerge del fondo de la nada. Al sentir el ser, el sujeto inicia un morir que es un «despertar» del amor creador recibido en el origen de la vida. La muerte es fuente de esperanza y sabiduría para quien acepta su presencia.

### PALABRAS CLAVE

MUERTE VIVIFICANTE; DESPERTAR; SENTIR ORIGINARIO;  
VERDADERA VIDA; SER

### ABSTRACT

María Zambrano did not think of death as end of life, but rather as «genuine life». She understood it as instants of radical loss that the subject lives through in a limit-experience which she herself characterized as one of being cast away or «shipwrecked». The article addresses the dialectical relation between life and death seen as complementary poles in María Zambrano's metaphysics. There is no life without death, she says, for being emerges from nothingness. When it feels being, the subject initiates a dying which is an «awakening» of the creative love it received in the origin of life. Death is a source of hope and wisdom for whom accepts its presence.

### KEYWORDS

LIFE-GIVING DEATH; AWAKENING; ORIGINAL FEELING; GENUINE  
LIFE; BEING

La vida devuelta a la muerte, es la operación misma de lo simbólico.  
Jean Baudrillard (*El intercambio simbólico de la muerte* (1980: 150)

## I. INTRODUCCIÓN

DESDE HACE MÁS DE DOS DÉCADAS SIN INTERRUPCIÓN, con mayor o menor intensidad, he dado prioridad a la investigación de la obra de María Zambrano y a la lectura y reflexión de lo que otros autores han escrito sobre ella y su pensamiento. El resultado de esas investigaciones se ha recogido y transmitido en dos libros, en más de 30 artículos publicados en obras colectivas, en revistas científicas, actas de congresos en homenaje a la autora y en conferencias dictadas en universidades de diversos países. Aun así, al iniciar la escritura de un artículo o preparar una conferencia sobre el pensamiento de María Zambrano, predomina siempre la sensación de hallarme en el *umbral* de un espacio difícilmente franqueable. Mucho más en este caso concreto en el que pretendo dilucidar en todo su alcance y de forma coherente el significado de las reflexiones o menciones que nuestra autora ha hecho sobre la muerte, con frecuencia de forma indirecta, y en textos de diferentes géneros. Digo «menciones», porque nuestra autora no ha consagrado una obra especial al tema de la muerte, como sí lo han hecho otros muchos autores, entre ellos, Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*, José Ferrater Mora<sup>1</sup> y filósofos existencialistas como Heidegger y Sartre. Y es que el punto neurálgico de la metafísica de la *razón poética* no es la meditación sobre la muerte sino la búsqueda de la verdad y la revelación del sentimiento originario de pérdida que nuestra autora asegura padece el ser humano en vida y que, según ella, es la llaga mas profunda de la existencia que solo la muerte sutura. No es, pues, lo relevante en el pensamiento de María Zambrano la muerte biológica como cesación de la vida, sino la conciencia intermitente que, a su juicio, el sujeto, en el transcurso del tiempo de su existencia, va adquiriendo sobre el sentido de la vida en distintos «despertares» o «auroras» previos al desenlace definitivo y final que es la muerte biológica. Y es que la vida de la persona, según ella, está siempre en transformación a consecuencia de múltiples re-nacimientos, pues, por decirlo así, vivimos repetidas muertes seguidas de continuos re-naceres:

Se puede morir aun estando vivo; se muere de muchas maneras; en ciertas enfermedades, en la muerte del prójimo, y más en la muerte de lo que se ama

---

1 Ferrater Mora, J. *El ser y la muerte*, Madrid: Aguilar, 1962.

y en la soledad que produce la total incomprensión, la ausencia de posibilidad de comunicarse, cuando a nadie le podemos contar nuestra historia.<sup>2</sup>

Estas diversas formas de muerte son el punto neurálgico de la exposición siguiente. Ahora bien, ¿cómo abordar de forma sistemática y racional el «secreto» que transmite la escritura de María Zambrano sobre «las profundidades infernales» ante cuyos límites la razón racionalista se detiene? ¿Cómo hacer discernible la relación entre las diversas modalidades de la muerte a las que ella se refiere y la presencia o emergencia del *ser* «entrañado» que se dibuja en un «centro» viviente, sede de la verdad?

## II. EL UMBRAL: LUGAR INTERMEDIO CON LUZ DISCONTINUA

El capítulo introductorio de *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*<sup>3</sup>, se titula «En el umbral». Allí utilicé ese término con su sentido figurado habitual, es decir, como «parte inicial de un proceso». No dejaba de ser autoironía el hecho de que después de la intensa investigación realizada durante más de una década y que había cristalizado en un libro de 482 páginas, quien esto suscribe, lo iniciara y concluyera con la convicción de hallarse en el inicio de un proceso. Lo cierto es que después de una investigación profunda había llegado a comprender que «el secreto» que María Zambrano revela sin desvelarlo en su escritura zigzagueante e icónica, especialmente en los textos posteriores a 1955, remite a un misterio, sin duda razonable para un iniciado, pero no aprehensible mediante la razón sistemática, porque, como con acierto ha escrito Antonio Colinas en «A propósito de una entrevista», la obra de nuestra autora «sintoniza muy bien con la estética de lo *bello verdadero*, pero también con esa cadena iniciática de tantos y tan queridos autores que la precedieron y que ella me recordó»<sup>4</sup>.

Con todo y con ello, no quisiera restar valor a aquel libro, en el cual de forma analítica, contextualizada y crítica se presentaba la trayectoria de la *razón poética* que María Zambrano, entrelazando filosofía, poesía y teología, ideó para aprehender las situaciones esenciales de la vida humana que

2 Zambrano, M. *Delirio y destino*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1989, pp. 15-16.

3 Bundgård, A. *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta, 2000 pp. 11-21.

4 Colinas, A. *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos*, Barcelona: Siruela, 2019, p. 360.

el racionalismo moderno con su método y claridad había marginado y que no por eso dejaban de ser reales.<sup>5</sup>

Han transcurrido dos décadas desde la publicación de *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico- místico de María Zambrano* y aquí, agradeciendo ante todo la invitación de la revista *Claridades* para escribir este artículo, me sitúo de nuevo en un «umbral» que tampoco esta vez pretendo atravesar, porque nuevas investigaciones inducen a pensar que posiblemente el umbral, entendido simbólicamente como lugar o espacio de transición, sea el espacio más idóneo para interactuar con el pensamiento gnóstico y de inspiración órfico-pitagórico que Zambrano ha expresado con la metafísica del estilo que caracteriza su escritura. Ella misma, como iremos viendo, ha utilizado el término *umbral* con significado simbólico en diversos lugares de su obra, especialmente en *La tumba de Antígona*, donde, en contraposición a la tragedia clásica que narra el suicidio de Antígona, nuestra autora en su versión, dicho con sus palabras, no quiso cometer el «error» de Sófocles, por eso se pregunta en el Prólogo de dicha obra: «Mas ¿podía Antígona darse muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida? »<sup>6</sup>. En consecuencia, en el umbral entre vida y muerte que es la tumba, donde se encuentra Antígona, Zambrano concede a su personaje tiempo para descender al dominio de las entrañas - que fluye bajo la superficie de la historia-, para que así despierte a la conciencia, y con ello alcance la superación del conflicto trágico individual.

El *umbral* no sólo es un símbolo privilegiado por María Zambrano, también lo ha sido por científicos, filósofos, arquitectos, músicos, pintores y poetas que, coetáneos a ella, rompieron con las verdades absolutas y jerárquicas, propias de la modernidad racionalista, con el fin de aprehender y dar forma a su visión de la complejidad de la realidad. El término *umbral* tiene en esos casos el significado positivo que el arquitecto holandés Aldo Van Eyck (1918-1999) dio al término en su libro *Team 10 Primer* (1968) y que él mismo había tomado prestado de otro arquitecto inglés, Alison Smithson, miembro también del grupo 10. Van Eyck puso en práctica en la arquitectura urbana un retorno al humanismo y atribuyó al *umbral* carácter de símbolo para una nueva arquitectura que en ese territorio in-

---

5 Zambrano, M. «Un descenso a los infiernos», *Cuadernos de Estética, Fulgores 3. I.B.* «La Sísila», Sonseca (Toledo), 1995, pp. 19-20.

6 Zambrano, M. *La tumba de Antígona*, en *Senderos*, Barcelona: Anthropos, 1986, p. 201.

termedio -que evoca el concepto *das Zwischen* del filósofo Martin Buber en *Ich und Du*<sup>7</sup>- pondría en relación lo interior y lo exterior, lo individual y lo colectivo, lo natural y lo artificial, la luz y la penumbra. No es posible desarrollar aquí las ideas del arquitecto Aldo Van Eyck y su grupo, remito al artículo de Luis Gil Guinea<sup>8</sup> y también a su interesante tesis doctoral accesible en línea<sup>9</sup>. Ambos trabajos sobre la función reconciliadora del umbral en la arquitectura urbana de posguerra me inducen a pensar que más allá de las interpretaciones que hasta la fecha existen de *la razón poética* de María Zambrano, podría ser interpretada como una filosofía del umbral que elimina la dualidad, viendo en lo distinto lo complementario; en definitiva, como una forma de razón que aprehende la realidad como un todo coherente, donde las cosas, siendo autónomas, está unidas entre sí con relaciones recíprocas y sin contraposiciones. Situándose en el lugar simbólico del *umbral*, María Zambrano no concibe la vida y la muerte como realidades contradictorias, pues ambas fluyen al unísono y se diluyen una en la otra en un fluir continuo. No hay vida sin muerte ni muerte sin vida. No hay morir sin renacer:

La identificación, si se realiza por la unión, se da en el morir o en algo que se le asemeja. O se le acerca. La identificación máxima apenas concebida es la de la vida y la muerte; que sólo (sic) en el ir muriendo se alcanza, allí donde la muerte no es acabamiento sino comienzo; y no una salida de la vida, sino el ir entrando en espacios más anchos, en verdad indefinidos, no medidos por referencia alguna a la cantidad, donde la cantidad cesa, dejando al sujeto a quien esto sucede no en la nada, ni en el ser, sino en la pura cualidad que se da todavía en el tiempo que camina hacia un puro sincronismo.<sup>10</sup>

En consecuencia, el presente artículo pretende dilucidar la íntima conexión que nuestra autora establece entre el acontecimiento del pensar y la muerte, entendida esta como algo viviente, porque, dicho con sus propias palabras: «[...] lo lamentable y triste del caso es que se haya hecho de la muerte algo fúnebre, funerario y no el comienzo, la revelación de la vida verdadera, la entrada en ella hecha visible»<sup>11</sup>. Afirmación sin duda radical

7 Buber, M., *Ich und Du*, Stuttgart: Raclam, 2008.

8 Gil Guinea, L., «La filosofía del umbral. Aldo van Eyck en el Hobar para niños en Amsterdam. 1954-59», en *Revista Europea de Investigación en Arquitectura* 13 (2019).

9 Gil Guinea, Luis (2016), *Lugares intermedios: la «filosofía del umbral» en la arquitectura del Team 10*. Tesis (Doctoral), <https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.43751>.

10 Zambrano, M. *Claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral, 1988, p. 45.

11 Zabranó, M. «A modo de autobiografía», en *Revista Anthopos*, 70/71 (1987), p. 73.

que vertebrata toda la obra de Zambrano, pues ella pensó la vida como sucesión de instantes de «naufragio», en los cuales al sujeto «sumergido» se le revela sin desvelarse nunca del todo «el secreto» de la más honda verdad del ser. Experiencia que, por lo que al ser humano se refiere, no sucede de una vez por todas sino en sucesivos «despertares» y de forma intermitente ya que, a su entender, el hombre ha de ir cobrando su ser en su vida,<sup>12</sup> ha de ir buscando y anhelando la identidad entre ser y realidad en un presente cada vez más ancho que incluya en unidad «la multiplicidad de los tiempos»: pasado, presente y futuro. Unidad que acontece, que llega en un instante, dice en *Claros del bosque*, «en que se cumple el sincronizar de la vida con el ser».<sup>13</sup>

## II.1

Visto así, podría decirse que María Zambrano no pensó la muerte como un imaginario de inmortalidad en un más allá, donde los muertos, como ha escrito Baudrillard<sup>14</sup>, alcanzan esa supervivencia ilimitada e idealizada que es la inmortalidad, pero que, en realidad, dice él con acierto, es una forma de exclusión de los muertos y de la muerte respecto a los vivos y a la vida. Zambrano no piensa en términos de inmortalidad, gozaba de la presencia de sus seres queridos muertos en instantes de revelación en los que la razón se abre a la fe y a la esperanza. Ejemplos de esa forma de sentir la muerte se encuentran en diversos lugares de la obra de nuestra autora y de forma explícita, entre otros textos, en la correspondencia que mantuvo con José Lezama Lima y su con su esposa, María Luisa Bautista, después de la muerte del poeta cubano.

El 17 de julio de 1972, rompiendo un largo silencio, nuestra autora escribe al amigo Lezama Lima para comunicarle las circunstancias que rodearon el fallecimiento de su hermana Araceli, ocurrido en febrero de ese mismo año. Cito en extenso, dada la relevancia de las palabras de Zambrano, por lo que se refiere a su concepción del nacimiento y de la muerte como polos de la vida, y a su interpretación de la historia, que, después del exilio, fue para ella caudal de dolor. Experiencia que en forma extrema

12 Zambrano, M. *Notas de un método*, Madrid: Mondadori, 1989, p. 23.

13 Zambrano, M. *Claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral, 1977, pp. 45-46.

14 Baudrillard, J., *El intercambio simbólico y la muerte*, Barcelona: Monte Avila Editores, 1980, pp. 147-150.

también había sufrido Araceli a causa de la persecución franquista mientras vivía como exiliada en París. Describe nuestra autora en la mencionada carta la impresión que le produjo el cuerpo yacente de su hermana Araceli en los términos siguientes:

Así que la vi una hora después de su muerte como la vi inolvidablemente una hora después de su nacimiento. Había una adecuación perfecta, era la misma criatura de nuevo, inocente, casta, majestuosa ahora, bellísima, como si la historia -de la que murió, pues que su dolencia mortal fue la historia- no hubiera existido, intacta, fragante, casi luminosa de luz propia. Un lucero cuando nació y ahora un lucero, pero aquel primero se imponía por su vida, y ahora eran mis ojos los que todavía vueltos a la luz de este mundo, apenas alcanzaban a ver; mas la forma, la suya, pura, perfecta y la fragancia eran de total presencia.<sup>15</sup>

Zambrano compartió con Lezama Lima una misma forma de entender y «vivir» la muerte y así se lo comunica al amigo poeta en una carta del 23 de octubre de 1973, donde, distinguiendo entre existir y ser, dice sobre los seres queridos muertos las siguientes palabras: «[...] y se mira a estas personas como siendo y no como estando, no sometidas a nada, no condicionadas acogidas ya por lo invulnerable».<sup>16</sup>

La cesación de la vida de un ser querido indujo a nuestra autora a pensar y entender la muerte como comienzo de una nueva vida en libertad, sin el peso de la historia y la limitación de las circunstancias. En este sentido, son de sumo interés para el tema de este artículo los ensayos que escribió a raíz del fallecimiento de Ortega y Gasset el 18 de octubre de 1955. En esos textos, bajo «la claridad» que según ella otorga la muerte, afirma que siente viva la presencia del «maestro», a pesar de los muchos años de distancia y silencio que por desavenencias políticas hubo entre ellos al estallar la guerra civil y que culminarían en el exilio:

En el horizonte que descubre la muerte y a su claridad, lo que se empieza a hacer visible es la persona que se ha ido. Ella es, la persona de don José, la que está en mí ahora más viva que nunca. Enteramente viva por haber llegado a la unidad suprema que la vida no tolera que se manifieste. Como si la vida se diera cuenta de esa unidad que la muerte rescata, como si solamente desde ella, en ella, la persona «reabsorbiese a sus circunstancias» por entero.<sup>17</sup>

15 Lezama-Zambrano, «Carta XXVII de María Zambrano a José Lezama Lima, 17 de julio de 1972», en *Correspondencia*, Sevilla: Espuela de Plata, Sevilla, p. 158.

16 *Ibid.*, Carta XXIX, 23 de octubre de 1973, 167.

17 Zambrano, M. «Don José», en *Escritos sobre Ortega*, Edición, introducción y notas de Ricardo Tejada, Madrid: Trotta, 2011, p. 126.

En pocos escritos de Zambrano se encuentran tan nítidas sus ideas sobre la muerte como en los que escribió en recuerdo de Ortega y Gasset como filósofo español y maestro, y sobre la unidad, estilo y sistema de la filosofía de la *razón vital*, todos ellos recogidos por Ricardo Tejada en el libro *Escritos sobre Ortega. María Zambrano*.<sup>18</sup>

Al recordar en noviembre de 1955 a su maestro<sup>19</sup>, Zambrano asegura que la muerte crea una claridad única que revela de la persona que muere una verdad que abre en los que quedan «un hueco en lo más hondo de la vida», especie de «desierto», que se extiende en el alma al saber que ya no podemos contar en el mundo de los vivos con la persona que se ha ido. La noticia de la muerte del maestro la dejó sumida en un silencio que, como escribe en el ensayo «La filosofía de Ortega y Gasset», ella no deseaba romper, porque «hacerlo sería casi una profanación» y, a la vez, «no dar testimonio de esa hora decisiva no parece estar permitido moralmente».<sup>20</sup>

Menciona Zambrano en ese mismo artículo aquellos aspectos de *Meditaciones del Quijote* que le parecían esenciales en esa obra, a saber, la razón del pensar como acción, la vida como realidad radical y la situación vital donde aparece el pensamiento como necesidad ineludible, lo cual acontece, según afirmación de Ortega, cuando sentimos no poder sostenernos en las circunstancias, situación, que él caracterizó metafóricamente como «naufragio». Entiende Zambrano, en ese artículo publicado en 1956, que Ortega con la metáfora del naufragio se refería a la situación de extrema indigencia en la que se revela la desnudez de la vida, situación que nos obliga a pensar. El pensar era, según la interpretación que ella hace del pensamiento de su maestro en aquella fecha, acción inmanente a la vida, solo por esa acción «nos mantenemos a flote». Así pues, concluye la discípula no sin cierta ironía, pensar para Ortega era «nadar».<sup>21</sup>

Años más tarde, Zambrano desde una perspectiva más crítica incorporó la metáfora orteguiana del naufragio en *Notas de un método* (1989), donde mantiene la innegable asistencia de la muerte al nacimiento del pensar, pero esta vez cuestiona que la fuerza inicial que lleva al sujeto *sumergido* a pensar y buscar la autenticidad se pueda explicar con el método del naufra-

18 Ibid., pp. 125-164.

19 Ibid., p.125.

20 Zambrano, M. «La filosofía de Ortega y Gasset», en *Escritos sobre Ortega*, Edición, introducción y notas de Ricardo Tejada, Madrid: Totta, 2011, p.139.

21 Ibid., p.138.

gio propuesto por Ortega. Y, en consecuencia, en contraposición al maestro, nuestra autora se pregunta si no será más exacto decir que la situación en que todo ser humano cae en la cuenta de sí, sea «sintiéndose» más que pensándose, es decir, sea la situación de estar sumergido él en su vida y en su ser, es decir, un estar sumergido en el desconocimiento, una opacidad que induce al ser humano a pensar, debido a la necesidad que siente de una revelación total de su ser y de su quehacer, de lo inasible de la realidad:

¿Tuvo, gozó de verdad -diríamos-, alguna vez el hombre de una situación en que fuera transparente a sí mismo, en que la presencia de su ser no estuviera sumergida y con ella todo aquello -todo, sin saber siquiera lo que se le diera «naturalmente», cuando ni tan siquiera la luz se le diera a ver como tal- donde no hubiera ausencia?<sup>22</sup>

Así pues, María Zambrano, aun estando de acuerdo con Ortega en «la innegable asistencia de la muerte al nacimiento del pensar», cuestiona y corrige el «Método del Naufragio», del maestro. Para ella, la presencia de la muerte, entendida como absoluta desnudez en la vida, es lo que hace nacer el auténtico pensar que abre el camino de la transcendencia del sujeto y que le revela el ser.

## II.2 LA VIDA UMBRAL DE LA MUERTE

Situándose en el umbral que para Zambrano es la vida respecto a la muerte, despliega en la escritura su pensamiento siguiendo la figura de la espiral, forma mítica por excelencia, que simboliza el desarrollo progresivo en torno a un punto místico, en el cual la intimidad del ser y el universo coinciden en armonía en un «centro». La muerte es para Zambrano ese punto místico, donde acontece la revelación de una vida de verdad, sin mella de la historia. Punto en el que se resuelven en unidad los conflictos entre individuo y circunstancias, personaje y persona, sueño y realidad, ser y existir, conflictos y contradicciones que sufrimos mientras vivimos. La vida, piensa nuestra autora, es solo un tránsito, un umbral, un espacio-tiempo, en el que se aprende a nacer por sí misma, una vez adquirida la conciencia de que somos «hijos del sueño, nacemos de un sueño, del sueño de nuestros padres, del sueño de la naturaleza toda, del sueño de Dios»,<sup>23</sup> experiencia que enfrenta en vida al sujeto con un conflicto trágico:

Dios nos sueña y entonces hay que hacer que su sueño sea lo más transparente posible, reducir la sombra a lo menos, adelgazarla.

<sup>22</sup> Zambrano, M. *Notas de un método*, Madrid: Mondadori, 1989, pp. 20-21.

<sup>23</sup> Zambrano, M. *Delirio y destino*, Barcelona: Círculo de lectores, 1989, pp. 16-17.

¿Dios me sueña? ¿Será posible realizar su sueño? O por el contrario ¿desnacer? Si lo primero, afronto el juicio, su juicio; el proyecto de mi ser queda sometido a su justicia y ha de pasar por ella, ante ella. Si quiero solo desnacer puedo traicionarle, puedo borrar lo que Él quiso que fuera.<sup>24</sup>

En consecuencia, dice Zambrano, la vida es solo sombras de esos sueños, porque «nacer es pretender realizar el sueño de nuestros padres; el sueño de Dios inicialmente». Y, siguiendo muy de cerca a Calderón, escribe nuestra autora en diversos lugares de su obra que el peor delito del hombre es haber nacido, pues: «Nacer es proyectarse en un ser que aspira a la posesión del universo»<sup>25</sup>. Nacer es anhelar con avidez. Y nuestra autora abunda en esta declaración, añadiendo que el ensueño primero, el de Dios, que es «el esbozo del ser», tiene que ir haciéndose real y que todo lo que sobrepase ese ensueño, lo rompe<sup>26</sup>.

En esa avidez del ser humano de pretender sobrepasar el ensueño divino consiste, pues, la tragedia de haber nacido. La salvación del sujeto está no en la «mismidad», en el endiosamiento del yo, sino en un progresivo «trascenderse» en el discurrir del tiempo, adquiriendo así el sujeto una claridad naciente.

### III. LIBERTAD DE LA MUERTE Y REVELACIÓN DEL SER

En la entrada del Diccionario de Filosofía sobre la muerte escribe José Ferrater Mora:

Platón afirmó que la filosofía es una meditación de la muerte. Toda vida filosófica, escribió después Cicerón, es una *commentatio mortis*. Veinte siglos después Santayana dijo que «una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar lo que piensa acerca de la muerte». Según estas opiniones, una historia de las formas de la «meditación de la muerte» podría coincidir con una historia de la filosofía. Ahora bien, tales opiniones pueden entenderse en dos sentidos. En primer lugar, en el sentido de que la filosofía es o exclusiva o primariamente una reflexión acerca de la muerte. En segundo término, en el sentido de que la piedra de toque de numerosos sistemas filosóficos está constituida por el problema de la muerte. Sólo este segundo sentido parece plausible.<sup>27</sup>

24 Ibid., p. 16.

25 Ibid., p. 17.

26 Ibid., p. 17.

27 Ferrater Mora, J. *Diccionario de Filosofía*, 3, K-P; Barcelona: Círculo de Lectores, 1991, p. 2282.

La filosofía de Zambrano no es una «meditación de la muerte», pues como ella escribió sobre Emilio Prados, meditar sobre la muerte era una especie de estratagema para «no morir de verdad»:

Y Emilio se estuvo muriendo siempre. Lo decía. Pero no fue tampoco un aprendiz de la muerte, ni alguien que se adelanta a ella por la meditación, por esa «meditación sobre la muerte» que nace propiamente del no querer morir de verdad. Esa especie de estratagema que el pensamiento, diplomáticamente, ha usado tratándola como a una realidad, como a un hecho que puede ser por el pensamiento captado.<sup>28</sup>

Nuestra autora entendió el morir y la muerte de acuerdo con su propia concepción del mundo que expresó en ensayos, donde despliega de forma reincidente el binomio vida-muerte en diálogo contrastivo con la obra de filósofos, poetas, novelistas, artistas y pintores, españoles e hispanoamericanos, de distintas épocas y de su propio tiempo<sup>29</sup>. En ese intercambio de ideas, Zambrano buscó descifrar con una *razón poética*, ancha y creadora, los signos del ser para vivir la libertad de la muerte, más allá de la realidad de la vida, como ella escribe en el ensayo: «El poeta y la muerte. Emilio Prados»:

La entera libertad salta, se produce tan solo en presencia de la muerte, por esa indefinible revelación que hace al que la recibe no estar ya bajo la muerte, según parece que sea el estado habitual del hombre ocupado tan solo en la «realidad de la vida».<sup>30</sup>

Ante ese instante de absoluta libertad que, según Zambrano, es la muerte, se revela el ser como algo que nace. Experiencia de libertad, que ella encuentra en la poesía de Emilio Prados, y a la que se refiere como si se tratara de una experiencia vivida por ella misma. Cito en extenso dada la relevancia de las palabras de nuestra autora sobre la relación entre muerte y ser:

Y ese instante de libertad, pura libertad que ante la presencia de la muerte brota, viene a ser un segundo nacimiento que, a diferencia del primero, puede ser rechazado en un acto de violencia, que, a veces, es llamado voluntad; voluntad de vivir, o de poder. Ya que de ser no es posible tener, ni propia ni impropriamente, voluntad. El ser no se presenta en tales momentos como cosa a conseguir, ni a conquistar, ni a establecer,

28 Zambrano, M. «El poeta y la muerte. Emilio Prados», en *España, sueño y verdad*, Madrid: Siruela, 1994, p. 139.

29 cfr. Bundgård, A. *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta, 2000, pp. 181-382. Remito de forma especial a las páginas dedicadas al análisis del pensamiento de Séneca y su concepción de la muerte, en las páginas 278- 291 de ese libro.

30 Zambrano, M. *El poeta y la muerte. Emilio Prados, España, sueño, verdad*, Madrid: Siruela, 1994, p. 140.

ni mucho menos a elegir. El ser se revela cuando la presencia de la muerte se acepta y el propio ser como algo que nace. Y entonces el morir, el ir muriendo, comienza.<sup>31</sup>

Sin desnudez, sin desprendimiento de la voluntad, no hay epifanía de una vida en libertad, más allá de la historia. Cuando acontece ese desprendimiento, el tiempo da su fruto: la revelación del ser en nacimientos intermitentes.

Según Zambrano el ser acontece, es la respuesta al clamor del existente en instantes de radical abandono, ante la muerte en sus múltiples manifestaciones y formas. El ser se manifiesta como verdad velada que no se alcanza con el esfuerzo de un método ni con voluntad o avidez. El ser emerge del fondo de la nada, que para nuestra autora es ámbito de creación dinámico. Morir, ir muriendo, es sentir el ser, y realizarse como persona es «despertar» a una verdad trascendente, que ella logró en el abandono del exilio y que convirtió en su «patria verdadera», verdad que Zambrano expresó en su versión de Antígona en los siguientes términos:

La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad, son como un cordero con el sello de su amo.<sup>32</sup>

### III.1 EL FONDO QUE ALBERGA «EL SECRETO»

Como he mencionado, Zambrano estudió a fondo el pensamiento de Séneca y lo transmitió en diversos ensayos escritos durante e inmediatamente después de la guerra civil. En esas circunstancias y con la experiencia de la derrota, nuestra autora se distanció críticamente de la resignación característica del pensamiento estoico, en general, y de la filosofía senequista, en particular, pues, a su entender, la resignación manifestaba una falta de confianza en el potencial humano. De ahí que caracterizara el estoicismo en versión de Seneca como un *ars moriendi* porque cerraba la posibilidad de un comienzo creador por parte del individuo. La resignación estoica, dice Zambrano, inducía a renunciar a la desesperación que a su juicio era «el mejor terreno para la fe», lo cual sí era propio de la actitud trágica del cristianismo originario. Por el contrario, declara nuestra autora, Séneca «quiere garantizar a la razón su media vida entre el poder y el estruendo del

<sup>31</sup> Ibid., p. 140.

<sup>32</sup> Zambrano, M. *La tumba de Antígona*, Madrid: Mondadori, 1983, p. 77.

mundo, por falta de fe en la razón entera. Porque la razón entera como la entera verdad, ya no son de este mundo».<sup>33</sup>

Todo parece indicar que esa «razón entera», propia de la fe cristiana, anunciaba ya en los comienzos del exilio de María Zambrano el despliegue de su *razón poética*. Un *logos*, que movido por el amor revelaría en sus escritos el secreto del *sentir originario*, pues: «Toda vida es un secreto; llevará siempre adherida una placenta oscura y esbozará, aun en su forma más primaria un interior». <sup>34</sup> No era posible desvelar con el *logos racionalista* ese secreto encerrado en la «placenta oscura», donde anida el ser, ni expresarlo mediante conceptos, pues el conocimiento intelectual, dice Zambrano, nos aleja de la aprehensión de lo inefable y profundo. En *Notas de un método*<sup>35</sup>, contraponen conocimiento y saber. El saber lo define como «experiencia ancestral» o experiencia sedimentada en el transcurso de una vida; difícil de transmitir y de adquirir, pues se trata de experiencias vitales a menudo extremas y no siempre revelables, porque la vida es irrepetible y porque el saber a menudo tiene carácter «secreto» y suele ser inefable, a menos que se exprese por el camino indirecto de la poesía y del arte:

Y [el saber] es también fruto que aparece tras un acontecimiento extremo, tras de un hecho absoluto, como la muerte de alguien, la enfermedad, la pérdida de un amor o el desarraigo forzado de la propia Patria. Puede brotar también y debería no dejar de brotar nunca, de la alegría y de la felicidad. Y se dice esto porque extrañamente se deja pasar la alegría, la felicidad, el instante de dicha y de revelación de la belleza sin extraer de ellos la debida experiencia: ese grano de saber que fecundaría toda una vida.<sup>36</sup>

El saber, al que aquí se refiere Zambrano, es un saber de iniciación, por el que procedían las antiguas religiones anteriores al cristianismo, y que estaba relacionado con experiencias de muerte de las que el iniciado no podía hablar.<sup>37</sup> Situada en un umbral entre vida y muerte, sin cruzar el dintel que las separa, con una *razón poética* dinámica y una metafísica de estilo rico en imágenes, iconos, símbolos y mitos, Zambrano dio a ver lugares cerrados en principio a la palabra, porque ella no se resignó a que permanecieran al margen del lenguaje experiencias profundas, que el conocimiento intelectual rechaza por inaccesibles a razón y método. Nuestra autora, reveló

33 Zambrano, M. *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 32-33.

34 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 55.

35 Zambrano, M. *Notas de un método*, Madrid: Mondadori, 1989, pp. 106-109.

36 *Ibid.*, p. 108.

37 *Ibid.*, p.108

sin desvelarlo el fondo último de la realidad, que ella designa «placenta de sombra», de la cual, a su juicio, emerge el sentir originario de unión perdida entre el ser del hombre con lo divino. Revelación velada que responde a la serie de preguntas retóricas que nuestra autora formuló en *Notas de un método* en los términos siguientes:

De todas las siguientes consideraciones brota una pregunta: ¿es posible que el más hondo saber, el de las cosas de la vida, no pueda apenas transmitirse? Viene a la mente la imagen del fondo de las edades del sabio envuelto en su silencio —«el que más sabe más calla»-. Más entonces sólo el conocer podrá ser transmitido; y si es así, ¿por qué solamente el conocimiento puede ser enseñado? ¿No existirán modos en que el saber sea accesible?<sup>38</sup>

El saber de experiencia sobre la relación entre pensar y sentir y sobre realidades profundas inefables, como la realidad de la muerte, lo transmitió de hecho María Zambrano en su libro *Claros del bosque*, obra que se aproxima a una «mística de la creación», que fue como ella designó a la mística de san Juan de la Cruz. En esa obra, en diálogo con Ortega y Gasset, Zambrano transpone la metafísica intramundana de su maestro a clave mística<sup>39</sup>, pues la ontología que Ortega expuso en *Meditaciones del Quijote* se convierte en el discurso icónico de *Claros del bosque* en experiencias reveladoras del ser oculto. Se trata para nuestra autora de sobrepasar el «cerco» de las circunstancias y de sumergir *la razón poética* en el abismo de la nada creadora, lugar de la emergencia del ser, para llevarlo hasta la luz en sucesivos «despertares», que, a modo de «claros», se abren en la conciencia. La verdad secreta que albergan los «claros» no se busca, según nuestra autora, se impone por sí misma, «acomete» con su presencia a quien con atención y pasivamente se abre a ella. La verdad de la vida, la vida verdadera, se manifiesta en *claros* que se abren en la espesura de la realidad circundante de los hechos. La verdad, afirma Zambrano, no se busca, nos sale al encuentro, como el amor, como la propia muerte. La verdad, que está desde siempre escondida y velada en nuestro ser, ayuda al despertar del ser oculto, pues es «partera del ser».

María Zambrano, situada en un umbral simbólico, donde luz y sombra se entreveran, se sumergió con una razón poética en el oscuro seno de lo sagrado, en lo originario primordial, en la nada, en la muerte en todas sus múltiples formas y manifestaciones, y sacó a la luz las nupcias de la vida con la muerte. Ese umbral, mediador entre contrarios, entre el ser y

<sup>38</sup> Ibid., p. 109.

<sup>39</sup> Cfr., *Más allá de la filosofía op. cit.*, 385-423.

el no ser, fue la perspectiva que Zambrano siguió en su escritura creadora de realidades invisibles e inefables, desviviéndose, como ella ha declarado que hizo Cervantes al escribir el *Quijote*: «para no entrar antes de haber nacido del todo en la muerte. Y la muerte en este caso, espera».<sup>40</sup> Y esperó la muerte a que María Zambrano, después de haber nacido del todo, en su obra expusiera un pensamiento que pretende ser una metafísica del saber del alma.

La Proposición LXVII de la Cuarta Parte de la *Ética* de Spinoza reza así: «Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida».

Palabras que con seguridad suscribiría Zambrano, pues ella no pensaba en la muerte como límite o cesación de la vida, sino como premisa de una creación impulsada por un amor originario hacia lo divino. Pensó la muerte como agente de trascendencia y vía de conocimiento por ser origen de la vida: «Solo da vida lo que abre al morir», dice la autora en *Claros del bosque*<sup>41</sup>. Gracias a la reminiscencia de un amor originario, el hombre verdadero nace según nuestra autora al ser en múltiples despertares o re-naceres que presuponen la destrucción previa de su yo, pues, como ella afirma, el hombre vive desviviéndose, trascendiéndose siempre, muriendo. Para llegar a ser más de lo que es, se deshace a sí mismo; y deshaciéndose, llega al ser desde el no ser. El amor originario que encierra la creación divina es el impulso que lanza al viviente a la destrucción de su yo. Este amor creador originario se relaciona con la muerte de forma dialéctica en el pensamiento que María Zambrano ha expuesto en su obra *El hombre y lo divino*, de la cual extraemos la siguiente cita:

El Dios creador creó el mundo por amor, de la nada. Y todo el que lleva en sí una brizna de este amor descubre algún día el vacío de las cosas y en ellas, porque toda cosa y todo ser que conocemos aspira a más de lo que realmente es. Y el que ama se fija en esta aspiración, en esta realidad no lograda, en esta entelequia aún no sida y al amarla la arrastra desde el no-ser a un género de realidad que parece total un instante, y que luego se oculta y aun se desvanece.<sup>42</sup>

Dada su condición contradictoria, el amor creador, presentado en la cita anterior, transforma el no ser de la nada en vida trascendente. Es ahí

40 Zambrano, M. «Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea», en *España, sueño, verdad*, Madrid: Siruela, 1994, p. 44.

41 Zambrano, M. *Claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral, 1988, p. 23.

42 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 273.

donde se recupera el sentido sagrado del amor como fuerza creadora. Según esta visión del amor, la mayor grandeza del hombre es su capacidad de desafiar a la muerte en vida, pues vive muriendo, como también vive el místico creador. Según la anterior cita, ese anhelo de más amor por parte del sujeto lo abre con confianza a un futuro de esperanza, a una realidad todavía no sida. De ahí, la afirmación tan repetida de nuestra autora: «el hombre es el ser que padece su propia trascendencia». El amor creador originario, que es del que aquí se trata, lo define Zambrano como «fuego invisible de la vida», como «sustancia» y «materia» de la misma, amor recibido en el inicial respiro de la vida y que solo se detendrá en el expirar de la misma con la muerte.

#### IV. CODA

Con la perspectiva que proporciona situarse en un umbral, he escrito y pensado las páginas anteriores, siguiendo en el proceso hermenéutico la dinámica que caracteriza el pensamiento de María Zambrano. He procurado avanzar yo misma entre claridad y sombras, manteniéndome en el *entre*, sin traspasar el dintel que abre el espacio de lo absoluto inefable. He pensado lo expuesto en las anteriores páginas procurando salvar la distancia que media entre la razón crítica de quien esto suscribe y la sabiduría experiencial sobre *la muerte viviente* que Zambrano transmite en sus textos mediante una razón creadora de realidades invisibles, intuitas y sentidas que no se prestan a juicios críticos porque la escritura de nuestra autora es sapiencial y posee sus propios criterios cognitivos y estéticos. Escribe Harold Bloom en *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*<sup>43</sup>: «La literatura sapiencial nos enseña a aceptar los límites naturales», lo cual es perfectamente válido para las reflexiones de Zambrano sobre la relación dialéctica que, a su juicio, existe entre vida y muerte y entre vida y trascendencia. La sabiduría de María Zambrano tiene como fundamento la esperanza y la confianza en que la experiencia de la muerte en todas sus formas procura la trascendencia y el acceso a la verdad. Vivir, dice nuestra autora, es «despertar», es decir, adquirir conciencia del sentido de la vida en instantes privilegiados, fugaces y de carácter místico en los que se siente el ser en unidad con el universo; instantes que solo una *razón poética* puede aprehender y que solo un lenguaje simbólico e icónico logra configurar.

43 Bloom, H. *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, Madrid: Taurus, 2005, p. 16.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Baudrillard, Jean, (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Avila Editores, Barcelona, pp.143-156.

Bloom, H. (2005). *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, Madrid: Taurus.

Bundgård, A. (2000). *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta.

Bundgård, A. (2007): «Exilio y Transcendencia», en *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano*, 8, pp. 83-89.

Buber, M. (2008). *Ich und Du*, Stuttgart: Reclam.

Colinas, A. (2019). *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos*, Madrid: Siruela.

Ferrater Mora, J. (1962). *El ser y la muerte*, Madrid: Aguilar.

Ferrater Mora, J. (1991). *Diccionario de Filosofía*, 3, K-P, Barcelona: Círculo de Lectores.

Gil Guinea, L. (2019). *La «filosofía del umbral». Aldo van Eyck en el Hobar para niños en Amsterdam. 1954-59*, en *Revista Europea de Investigación en Arquitectura*, 13.

Gil Guinea, L. (2016). *Lugares intermedios: «la filosofía del umbral» en la arquitectura del Team10*. Tesis (Doctoral), <https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.43751>.

Zambrano, M. (1986). *El hombre y lo divino*, México: Fondo de Cultura Económica.

Zambrano, M. (1986). *La tumba de Antígona, Senderos*, Barcelona: Anthropos.

Zambrano, M. (1987). *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza.

Zambrano, M. (1987). «A modo de autobiografía», en *Revista Anthropos*, 70/71, pp.69-73

Zambrano, M. (1987). *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid: Cátedra.

Zambrano, M. (1988). *Claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral.

Zambrano, M. (1989). *Notas de un método*, Madrid: Mondadori.

Zambrano, M. (1989). *Delirio y destino*, Barcelona: Círculo de Lectores.

Zambrano, M. (1994). *España, sueño, verdad*, Madrid: Siruela.

Zambrano, M. (1995). «Un descenso a los infiernos», *Cuadernos de Estética FULGORES*, 3.

ANA BUNDGÅRD es doctora en Filosofía Española y profesora emérita de la Universidad de Aarhus (Dinamarca).

*Líneas de investigación:*

Literatura y cultura española de los siglos XIX, XX y XXI.

Literatura mexicana colonial y contemporánea.

Filosofía europea y española con especial foco en la obra de Ortega y Gasset y María Zambrano.

*Publicaciones recientes:*

- «Nietzsche y María Zambrano : nihilismo y creación», Aurora, número 10, Barcelona, 2009, pp. 19-28.

- «El reflejo de la tragedia antigua en dos versiones modernas de Antígona: Søren Kierkegaard y María Zambrano», en Aurora, número 16, Barcelona, 2015, pp.18-26.

- «La ambigüedad de un género en movimiento», en Aurora, número 19, Barcelona, 2018, pp. 6-16.

Dirección electrónica: romab@cc.au.dk